

LA INTERCESION DE LOS SANTOS

Dios es la Santidad por esencia y fuente de toda santidad. Sin El, nada es limpio, nada puro: *no hay santo como Yavé*¹. Pero ha querido comunicar a las criaturas racionales —a los Angeles y a los hombres—, como manifestación libérrima y gratuita de su bondad, una participación de la santidad suya: *sed santos, porque Yo soy santo*². Y así, *todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad*³.

El único camino para ser santos consiste en la identificación con Cristo: *fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro; pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos*⁴. Por haberse identificado plenamente con Jesucristo, en la Santísima Virgen y en todos los Santos del Cielo resplandece —aunque en modos y grados diversos, pues en la vida eterna hay muchas moradas⁵— la santidad de Dios; y al estar *más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad, ennoblecen el culto que la Iglesia ofrece a Dios aquí en la tierra, y contribuyen de múltiples maneras a su más dilatada edificación*⁶.

(1) I Sam. II, 2.

(2) Levit. XI, 44.

(3) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40.

(4) Act. IV, 12.

(5) Cfr. Joann. XIV, 2.

(6) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 49.

Nuestro Padre nos invitaba a considerar las cosas con la cabeza: ¿quién tiene más influencia contigo? ¡Tu padre y tu madre!, ¿no? Yo me alegro porque soy Padre vuestro. Y con Dios pasa lo mismo: Jesucristo no puede negar nada a la Virgen y a San José, a estas dos criaturas que le sirvieron con tanta fidelidad y amor en la tierra. De todos modos, en lo que se refiere a devociones particulares, libertad; lo que no hay que despreciar nunca es la piedad y la realidad de la intervención de los Santos, porque es parte del dogma católico ⁷.

Los Santos, amigos de Dios

Narra la Sagrada Escritura que, cuando el Señor estaba dispuesto a destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra, en castigo de sus pecados, Abraham rogó a Dios: *si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿los exterminarías acaso y no perdonarías al lugar por los cincuenta justos? (...). Y le dijo Yavé: si hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonaría por ellos a todo el lugar* ⁸. Pero Abraham insistía: *¿Y si se hallaren allí cuarenta? (...), ¿treinta? (...), ¿veinte? (...). ¿Y si se hallaren allí diez? Y le contestó Yavé: por los diez no la destruiría* ⁹. La respuesta del Señor es siempre afirmativa.

También Moisés imploraba la misericordia divina sobre el pueblo de Israel, invocando a los que habían sido amigos de Dios: *acuérdate de Abraham, de Isaac y de Jacob, tus siervos* ¹⁰; y así oraban los tres jóvenes en el horno de fuego: *no nos deseches para siempre, no anules tu alianza, no apartes tu misericordia de nosotros; te lo pedimos por Abraham, tu amado; por Isaac, tu siervo, y por Israel, tu santo* ¹¹. Y de Jeremías ya difunto, se lee: *éste es el amador de la nación, que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa* ¹².

(7) De nuestro Padre.

(8) Genes. XVIII, 24-26.

(9) Genes. XVIII, 28-32.

(10) Exod. XXXII, 13.

(11) Dan. III, 34-35.

(12) II Mach. XV, 14.

San Pablo pedía a los cristianos de Roma: *os suplico, hermanos, por Nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu Santo, que me ayudéis con vuestras oraciones, rogando por mí al Señor* ¹³. Y comenta San Jerónimo, al hablar de los hermanos ya muertos: *si los apóstoles y los mártires, cuando estaban encerrados en un cuerpo y tenían motivos para ocuparse de sí mismos, oraban por los demás, ¡cuánto más, después de la corona, la victoria y el triunfo!* ¹⁴.

En la Iglesia naciente, los fieles invocaban a aquellos hermanos que con su vida entregada habían ganado la gloria del Cielo; y en la Obra, nuestro Padre nos ha dicho: *me gusta que busquéis la intercesión de los Santos. Los primeros fieles de aquella Iglesia primitiva ya iban a celebrar la Misa encima de los sepulcros de los mártires. Acogerse a esa intercesión es una cosa nueva y vieja* ¹⁵. Siempre creyó y vivió el pueblo cristiano según esta verdad revelada, especialmente cuando tributó culto a los Apóstoles y a los mártires *para despertar su imitación, asociarse a sus méritos y ser ayudados por sus oraciones* ¹⁶.

Los Santos del Cielo, nuestros abogados

Todos los cristianos, en la tierra, en el Purgatorio y en el Cielo, formamos un solo Cuerpo cuya Cabeza es Cristo; hay una comunión de caridad por la que todos tenemos parte en los bienes espirituales de los demás. Los que forman la Iglesia triunfante, los bienaventurados, ya gozan de Dios. Nuestras oraciones no pueden aumentar su gloria esencial, pero redundan en su honor por dar honra al Dios tres veces Santo. Por su parte, ellos pueden interceder por nosotros, que aún padecemos necesidad, en espera de llegar más tarde a gozar de su compañía en la Patria del Cielo. *La Iglesia no reza por ellos (...); en lugar de ser nuestros clientes son nuestros abogados* ¹⁷. Si lo queremos, serán abogados y alia-

(13) Rom. XV, 30.

(14) San Jerónimo, *Contra Vigilantium* I, 6; cfr. San Agustín *Enarrationes in Psalmos* 85, 24.

(15) De nuestro Padre.

(16) San Agustín, *Contra Faustum* 20, 21.

(17) San Agustín, *Sermo* 285, 5.

dos poderosos, en la labor de nuestra santidad personal y en las tareas apostólicas. Porque *aunque es verdad que los Santos, cuando están ya en el Cielo, no se encuentran en estado de merecer para sí, hállanse no obstante en situación de merecer para otros, o mejor de ayudarles por sus méritos precedentes; pues en esta vida merecieron ante Dios que sus oraciones fuesen escuchadas después de su muerte* ¹⁸.

Buscando la mediación de Cristo, la Iglesia no desdeña el recurso a esos mediadores, especialmente en el Sacrificio de la Misa, memorial de la Muerte y Resurrección del Salvador, donde intervienen todos los redimidos, como séquito triunfal del Sacerdote Eterno. *En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial (...); cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los Santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía* ¹⁹.

La Iglesia incluye la invocación y recuerdo de los Santos en muchas oraciones de su liturgia: *al celebrar el sacrificio eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial, entrando en comunión y venerando la memoria, primeramente, de la gloriosa siempre Virgen María, mas también del bienaventurado José, de los bienaventurados Apóstoles, de los mártires y de todos los Santos (cfr. Canon Romano)* ²⁰. Y periódicamente, como deber de piedad fraternal, honra su memoria en el calendario litúrgico, tanto en la celebración del Santo Sacrificio como del Oficio Divino. *La Iglesia introdujo en el ciclo anual el recuerdo de los mártires y de los demás Santos que, llegados a la perfección por la multiforme gracia de Dios, y habiendo ya alcanzado la salvación eterna, cantan la perfecta alabanza a Dios en el Cielo e interceden por nosotros. Porque, al celebrar el tránsito de los Santos de este mundo al Cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados con Cristo; propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre, y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos* ²¹.

(18) Santo Tomás, *Suppl.* q. 72, a. 3 ad 4.

(19) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 8.

(20) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 50.

(21) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 104.

Honrar a los Santos

No hemos de conformarnos con invocar a los Santos como intercesores en favor nuestro o de otras almas; es bueno que les demos el culto que merecen, en reconocimiento de su excelencia y de su dignidad sobrenatural, como miembros predilectos del Cuerpo Místico de Cristo, poseedores inamovibles de la eterna bienaventuranza. *Si alguno me sirve, mi Padre le honrará* ²²; y Cristo mismo ha prometido honrar sobremanera a sus amigos: *en verdad os digo que se ceñirá, y los sentará a la mesa y se prestará a servirlos* ²³, llenándoles de las riquezas de la gloria. Por eso, nuestro culto a los Santos es plenamente conforme al querer de Dios, a quien los Santos se asemejan para siempre; el honor y culto que se les tributa *se ofrece a Dios que les coronó* ²⁴. Por eso enseña la Iglesia que el culto a los bienaventurados, *si se considera bajo la plena luz de la fe, de ninguna manera rebaja el culto latreútico, tributado a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu, sino que más bien lo enriquece copiosamente* ²⁵.

No rendimos a los Santos un culto de latría o de adoración, que sólo a Dios puede darse en reconocimiento de su suprema excelencia y de su dominio absoluto sobre todas las cosas; sino un culto de dulía o simple veneración, en razón de sus perfecciones, de su excelencia sobrenatural recibida de Dios. *Honramos a los siervos, para que el honor de éstos redunde sobre el Señor* ²⁶.

Es una manifestación de piedad tener en gran estima y venerar sus restos y reliquias, del mismo modo que guardamos con gran cariño los objetos que pertenecieron a las personas queridas. Los cristianos de la primera generación conservaban como *tesoros inestimables* ²⁷

(22) *Ioann.* XII, 26.(23) *Luc.* XII, 37.(24) San Agustín, *Contra Faustum* 20, 21.(25) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 51.(26) San Jerónimo, *Epístola* 109.(27) *Martirio de San Ignacio*, 6, 5 (RJ 70).

las reliquias de sus mártires. Si los vestidos (cfr. IV Reg. II), los pañuelos (cfr. Act. XIX), y hasta la sombra (cfr. Act. V) de los Santos, antes de que murieran, ahuyentaban las enfermedades y restituían las fuerzas, ¿quién osará negar que haga el Señor los mismos milagros por las sagradas cenizas, huesos y demás reliquias de los Santos?²⁸. Por esta razón, es doctrina intangible de la Iglesia que debemos, en su memoria, venerar dignamente todo aquello que nos han dejado, y sobre todo sus cuerpos, que fueron templos e instrumentos del Espíritu Santo, que habitaba y obraba en ellos, y que se configurarán con el Cuerpo de Cristo, después de su gloriosa resurrección. Por eso, el mismo Dios honra esas reliquias de manera conveniente, obrando milagros por ellas²⁹.

De manera semejante a la veneración e invocación que —ya desde el Antiguo Testamento³⁰— reciben los Angeles, la peculiar invocación de los Santos, el culto a sus personas, así como a sus reliquias e imágenes, es una laudable y antiquísima tradición de la Iglesia, que desde la Pasión de Cristo venera en los redimidos su condición de miembros vivos del Redentor y templos del Espíritu Santo. Así hasta nuestros sentidos se mueven saludablemente³¹ hacia Dios a través de sus amigos. Reconocer esta tradición, su licitud y utilidad, forma parte del dogma católico. Firmemente afirmo que las imágenes de Cristo y de la siempre Virgen Madre de Dios, así como las de los otros Santos, deben tenerse y conservarse y tributárseles el debido honor y veneración³².

Trato de amistad

Además del culto externo, debemos hablar a los Santos desde lo íntimo del corazón, sin ruido de palabras, con afectos de amistad y con-

(28) Catecismo Romano, p. III, c. II, n. 15.

(29) Santo Tomás, S. Th. III, q. 25, a. 6.

(30) Cfr. Jos. V, 15; Judic. XIII, 17-20.

(31) Pio XII, Litt. enc. Mediator Dei, 20-XI-1947.

(32) Pio IV, Bula *Iniunctum nobis*, 13-XI-1564, Denz. 998 (1867); Cfr. Concilio de Efeso, Denz. 120 (259); Concilio II de Nicea, Denz. 302-304 (600-602); Concilio IV de Constantinopla, can. 3, Denz. 337 (653-656); Concilio IV de Letrán, cap. 62, Denz. 440 (818); Concilio de Constanza, sess. XV, Denz. 679 (1269); Concilio de Trento, sess. XXV, Denz. 998 (1867).

fianza, humildemente, en reconocimiento de su superioridad, como a un amigo bueno a quien se quiere bien. No para que Dios conozca nuestras peticiones —el Señor lee en nuestro corazón y en nuestros labios—, sino para que nuestras oraciones sean acompañadas por la intercesión de los Santos, y Dios las atienda. Porque los bienaventurados, que gozan de la visión divina, conocen en el Verbo todas las cosas que Dios quiere manifestarles; *y es muy conveniente a su estado y excelencia conocer las peticiones que les hacemos oral o mentalmente* ³³.

Además de alabar a Dios y darle gracias, los Santos conocen las necesidades y limitaciones de quienes todavía peregrinamos en la tierra, en la medida en que Dios se las muestra, y ruegan por nosotros. Desean ternernos consigo cuando Dios nos llame, y vernos muy alto en el Cielo: su mayor alegría será que seamos aún más Santos que ellos. A causa de su perfecta caridad con Dios y el prójimo desean hacer todo el bien al que están destinados según los planes divinos: *y pertenece a su gloria prestar socorro en orden a la salvación a los indigentes: pues de este modo se hacen "cooperadores de Dios, más divino de lo cual nada hay" (Pseudo-Dionisio, De cael. hier. 3, 2)* ³⁴.

Las devociones tradicionales conservan todo su valor. No son manifestación de una mentalidad retrógrada —infantil o mágica—, sino que manifiestan una honda disposición de fe y un arraigo de sólida doctrina en el dogma de la Comunión de los Santos. Más bien su menosprecio sería una injuria a Dios y a la Tradición y leyes de la Iglesia, aparte de una falta de sentido común porque, en una familia, los hijos pequeños —y eso somos todos en la tierra, dentro de la gran familia de Dios— recurren también a sus hermanos mayores. Sin embargo, hay que recordar *que el verdadero culto a los Santos no consiste tanto en la multiplicidad de actos exteriores, cuanto en la intensidad de un amor activo* ³⁵. Es obvia la necesidad de vivir esta devoción, como cualquier otra manifestación externa de la fe, con buenas disposiciones, sin dejarse llevar por una falsa piedad ayuna de doctrina, o por una voluntad tibia para las buenas obras.

(33) Santo Tomás, *S.Th.* II-II, q. 83, a. 4 ad 2.

(34) Santo Tomás, *Suppl.* q. 72, a. 1.

(35) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 51.

* *Santos Patronos e Intercesores de la Obra*

El espíritu del Opus Dei recoge el sentir de la fe y de la tradición de la Iglesia sobre el culto a los Santos: *es bueno y útil invocarlos humildemente y recurrir a sus oraciones, asistencia y auxilio, en razón de los beneficios que alcanzan de Dios, por medio de su Hijo Jesucristo Señor Nuestro, que es nuestro único Redentor y Salvador* ³⁶. Y así la Obra, corporativamente, tiene por Patronos, en primer lugar, *a la Virgen Santísima, a la que como Madre de la Obra venera, y a San José, esposo virginal de María. Los miembros del Opus Dei se encomiendan también con especial devoción al patrocinio de los Arcángeles San Miguel, San Gabriel y San Rafael, y de los Apóstoles San Pedro, San Pablo y San Juan. A estos Santos Patronos están encomendadas toda la Obra y cada una de sus actividades específicas* ³⁷.

Bajo la protección de la Virgen Santísima y de San José está la Obra por entero, y bajo la de los Arcángeles y Apóstoles, cada una de las manifestaciones del apostolado de los miembros del Opus Dei. Además, nuestro Padre ha querido poner diversas necesidades apostólicas concretas de la Obra o de sus miembros bajo el amparo de un Santo Intercesor; y los ha elegido entre Santos de diversos países: San Nicolás de Bari y San Pío X; el Santo Cura de Ars, San Juan Bautista María Vianney; Santo Tomás Moro y Santa Catalina de Siena. Podía nuestro Fundador haber elegido intercesores entre los de su tierra, pero ha querido que, incluso en este pequeño detalle, se manifestase el espíritu universal de la Obra, que está por encima de diferencias nacionales, de raza o de lengua; que hace a todos miembros de Cristo, en su Iglesia, y caminantes hacia la Patria definitiva, ciudadanos del Reino de los Cielos. También en la veneración a los Santos, la Obra de Dios se muestra católica, ecuménica, universal: *ya no hay distinción de judío, ni griego; ni de siervo ni de libre; ni tampoco de hombre ni de mujer; porque todos vosotros sois una misma cosa en Jesucristo* ³⁸.

(36) Concilio de Trento, sess. XXV, Denz. 984 (1821).

(37) *Catecismo*, 5ª ed., n. 28.

(38) *Galat.* III, 27-28.

Libertad en la piedad personal

En nuestros Centros celebramos las fiestas de nuestros Patronos e Intercesores, así como las de los demás Apóstoles, y durante esos días les encomendamos de un modo especial la buena marcha de las labores y las necesidades concretas del apostolado. Pero *el Opus Dei no propaga ni difunde, entre los fieles cristianos, ninguna devoción particular*³⁹. La práctica de las virtudes y de la piedad cristiana que los miembros de la Obra difunden entre toda clase de personas, no incluye la devoción a ningún Santo determinado, sino esas devociones fundamentales en la vida cristiana, como el amor a la Trinidad Beatísima, a la Santísima Humanidad de Jesucristo, a la Sagrada Eucaristía y a la Santa Cruz, a la Virgen y San José, a los Angeles Custodios.

Otra cosa son las devociones particulares de cada uno, que dependerán de la vida y de las preferencias personales. *Cada uno de los miembros puede además tener sus devociones particulares, siempre que sean pocas, constantes —aunque alguna vez dejen de cumplirlas, para evitar que se conviertan en una obligación, que no existe—, y que no entorpezcan la labor apostólica*⁴⁰. Así, las novenas, hechas *con espíritu de oración y de penitencia*⁴¹, el recurso a las oraciones de la infancia...

En el proceso de identificación con Cristo, nuestro único Modelo, en que consiste la vida interior, el trato diario con los Santos es una ayuda sensible: porque, aunque Dios puede prescindir de ellos para dispensar la gracia, en su gobierno amoroso y paternal de los hombres muchas veces les confía la misión de cooperar en los planes de su Providencia. *No olvidéis, sin embargo —ha escrito nuestro Padre—, que —dada nuestra vocación sobrenatural y específica a la Obra— hay cosas, en la vida de algunos santos, que son para que las admiremos; no, para que las imitemos*⁴².

(39) *Catecismo*, 5ª ed., n. 80.

(40) *Catecismo*, 5ª ed., n. 80.

(41) *Camino*, n. 574.

(42) De nuestro Padre, *Carta*, 19-III-1967, n. 82.

Alimento de la esperanza

Dios, *magnífico en santidad* ⁴³, que cumple los deseos de cuantos le temen ⁴⁴, manifiesta la inmensa grandeza de su santidad mediante la Iglesia santa. Los Santos son testigos elocuentes y eficaces instrumentos de la misericordia divina. La Comunión con los Santos del Cielo es prenda de la voluntad salvadora de Dios, que quiere congregar en su casa a todos sus hijos.

Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cfr. Hebr. XIII, 14 y XI, 10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes de este mundo, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquéllos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cfr. II Cor. III, 18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos, El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cfr. Hebr. XII, 21) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio ⁴⁵.

El trato con los Santos espolea nuestra esperanza de llegar al Cielo. Saber que esas criaturas, hechas del barro de la tierra como nosotros, gozan para siempre de Dios, nos fortalece en la certeza de que —si somos fieles— también nosotros cumpliremos felizmente la peregrinación de esta vida. La fe en la intercesión de los Santos nos muestra cuánto quiere y puede Dios, mantiene vivo el recuerdo de sus maravillas, y nos hace desear la Patria definitiva.

Los Santos son un regalo del amor de Dios, que sería ingrato ignorar. *De su compañía se alegran los cielos, por su patrocinio se regocija la tierra, con sus triunfos es coronada la Iglesia* ⁴⁶. Dios cuenta con que

(43) Exod. XV, 11.

(44) Ps. CXLV, 19.

(45) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 50.

(46) San Beda, *Sermo 18 de Sanctis*.

el recuerdo sensible y la actividad invisible de los bienaventurados acelerar el ritmo de nuestro paso hacia la vida eterna. Cada uno de los que militan en la Iglesia peregrina, sabiéndose partícipe de aquel caudal de méritos, amparado con *múltiple abundancia de intercesores* ⁴⁷, podrá sentirse “aliado” de todas las almas penitentes que han sido, son y serán ⁴⁸, y se dispondrá a llegar al juicio de Dios, limpio de toda mancha o apego al pecado.

* * * * *

La vida eterna, además de consistir en la visión de Dios, en la alabanza suma, en la perfecta saciedad del deseo y en la seguridad perfecta, consiste en la gozosa sociedad de todos los bienaventurados, sociedad que será deleitable en sumo grado, porque cada uno amará a los demás como a sí mismo y por consiguiente se gozará del bien del otro como del suyo propio. Lo que hace que aumente la alegría y el gozo de uno en la medida en que es gozo de todos ⁴⁹.

La intercesión de los Santos, nuestros amigos y aliados en el camino de la santidad, que vivieron en la tierra con nuestro mismo afán de seguir a Cristo, encontrará su coronación en aquella hora en la que se abran, también para nosotros y en parte por su ayuda, las puertas del Cielo, para gozar eternamente de la Santísima Trinidad, en unión de nuestra Madre Santa María, *Regina Sanctorum omnium*, de los Angeles y de todos los bienaventurados.

Lo que el Señor quiere de nosotros, hijos, es que seamos santos. Esto es lo que ha querido al crearnos y elevarnos al orden sobrenatural y al redimirnos, y al dejarnos su Iglesia con esa riqueza de medios, y al darnos por Madre nuestra a su Madre y por custodios a sus Angeles y por intercesores a sus Santos: ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (I Thes. IV, 3) ⁵⁰.

(47) Misal Romano, *In Sollemnitatem Omnium Sanctorum, Collecta*.

(48) Camino, n. 548.

(49) Santo Tomás, *Expositio super Symbolum Apostolorum*.

(50) De nuestro Padre, Carta, 19-III-1967, n. 82.